

—No volver á quedarse en los lugares aislados; él espía siempre y logra burlar la vigilancia de los nuestros.
 —¿Os hace falta algo? ¿No os despedís del mundo?
 —Porque viscais la soledad? El demonio tienta á las almas pensativas.

—.....(Indeciso).....
 —¿Incl? ¿Que quereis ver? ¿Lo pasado? ¿Lo futuro? Os puedo hacer vivir una hora pasada, tal como fué por la voluntad del eterno.
 —¿Oh, sí..... Levadme..... á París..... á las 4..... á las Acacias..... Quiero ver!.....

—Pasan á una galería celeste Grandes series de lunas para observar. Se detienen ante uno de las últimas, Gabriel señala:

—¿Aquí!
 Evans se acerca. Observa jadeante. Palidece. Ve claramente el paseo. El desfile mundano. De pronto Alice que desciende de su lemnina y pasea. Se acerca un milord ¡El milord de su sueño! baja el conde Adalberto Mauverie.

—Evans palidece. Adalberto y Alice charlan. No se oye. Se pierden en el salón y aparecen en el parque bajo la florista. Luego el beso. Se levantan y se alejan. Alice habla Evans adivina:
 —Mañana!
 —Basta! ¿Estas satisfecho!
 El encanto ha desaparecido. Toman á las otras mansiones y Evans melancólico, pasea entre los cércitos de ángeles. Todos lo admiran. Es un ángel triste. Una alma santísima. Evans piensa en la cita de mañana y mil extrañas formas é irreverentes pensamientos pasan por la mente. Decididamente puede volverse al rincón donde se quedó dormido. Duda. Sería una lástima cogida, pensada. En delito reflexionado. Luego Alice lo engañaba. Había besado á Adalberto. Pero había argüen, él, como decía Gabriel, que podía llevarlo? Qué le importaba que besase Alice á Adalberto si él senta el beso?
 Evans sigue paseándose por los senderos celestes, pensativo, gravemente preocupado.

X.
 En las tinieblas insomnables. E mismo salón de donde Luzbel y sus hijos comenaban. Los mismos personajes, en actitud de impaciencia. Esperan algo. Mira uno de ellos por la luna oscura.
 —Ya se acerca al rincón..... ahora duda..... se regresa..... piensa demasiado.....
 —Las tres y media, anuncia uno de los que escuchan.
 El otro sigue:
 —Ya..... se acerca..... hablan..... No quiere aceptar..... discuten.
 —¿Qué dicen?
 —Es nuestro. Ya vuelve el emisario.....
 El emisario de los demonios se haya de vuelta. Entra gozoso y satisfecho. Se ha vencido una gran batalla.
 —¿Qué tal? Los demonios se agrupan.
 —Bien. Consiente en escaparse del cielo con una condición.....
 —¿Cuál?..... ¿Cuál?..... ¿Qué quiere?
 —Que lo lleven siempre donde indique.....
 —¿Quién?
 —Lady Alice!
 —Levadle!!—Dice Luzbel.
 Son las cuatro.
 En el cielo, en el rincón de las nubes, Evans se ha quedado dormido.

XI.
 9 de agosto, 10 a. m.
 En el Père Lachaise. Llevan los restos de Evans Ballard. Corporaciones. Periodistas. Literatos. Artistas. Carros de flores. Una inscripción. Los acompañantes abandonan el cementerio y rápidamente se desgranan en París.

XII.
 9 de agosto, 3 y 50 p. m.
 En las Acacias. Afluencia de gente. Coces, autos, bicicletas, caballos. En el fondo de la Avenida aparece Lay Alice en su lemnina..... Poco despés es el milord de Adalberto..... ALGABAN BALDELOMAR.—Lima, 1911.

“LOS BALNEARIOS” EN BARRANCO
 Reacción y Administración
 UNION 208

La próxima fiesta literaria en honor del poeta José Gálvez

El próximo miércoles 16, á las 9 p. m., tendrá lugar en la capital, en la sala de Conferencias del “Liceo Fanning”, una sugestiva fiesta literaria en la que el Dr. Juan B. de Lavalle dirá, como él sabe pensar y decir, sus impresiones sobre la obra poética de Gálvez y en la que dos distinguidas señoritas declamarán composiciones de “Bajo la Luna”.
 La culta sociedad de Miraflores, Barranco y Chorrillos, verán sin duda esta fiesta á la que todos pueden concurrir sin especial invitación, con gran simpatía, con la simpatía que inspira el prestigio intelectual del poeta y del conferencista.
 El siguiente es el programa de la conferencia del Dr. Juan B. de Lavalle.

IMPRESIONES DE LA OBRA POÉTICA DE GÁLVEZ

I
 Horas de luna y horas de sol.
 — Dos paisajes. — Paradoja íntima.
 II
 Poesía de evocación.—Grecia pagana y Grecia cristiana.— Por tierras de Judea.—Ecos del romance.— Las casas antiguas.— El público y la crítica.

III
 Por nuevos senderos. “Paz Aldeana”.—El criollismo poético: Pardo y Juan de Arona.— Estética calibanesca.— El espíritu criollo.— La aldea del poeta.—Acuarelas, tipos y costumbres.—El caballo de paso.—La voz de las campanas.—Espina entre flores.

UN GRADO UNIVERSITARIO

En el salón de actos de la Facultad de Jurisprudencia, ante la totalidad de los catedráticos y gran número de alumnos, rindió las pruebas reglamentarias y obtuvo el grado de bachiller, el joven historiador y maestro; doctor José de la Riva Agüero; no nos ocuparemos en estos ligeros apuntes, de su importante y aplaudida labor literaria é histórica, que le han colocado á la cabeza de nuestra joven generación intelectual, que le ha creado una envidiable reputación en América, que le ha hecho acreedor al significativo aplauso de distinguidos escritores y maestros españoles.
 El objeto de estas líneas desordenadas, es exclusivamente ocuparse del interesante folleto titulado: “Fundamento de los interdictos posesorios” con que se ha graduado el doctor Riva Agüero.

Es quizás este problema, uno de los más discutidos y estudiados en casi todos los países europeos. Pero su examen detallado y casi completo, data de principios del siglo XIX y se debe en gran parte á los sabios jurisconsultos alemanes.

El inteligente autor del folleto que nos ocupa, expone clara y concisamente las célebres doctrinas de Savigny, de Ihering, de Roder y Ahrens, de Thibaut, la doctrina voluntarista y Stahl.

Estudia el fundamento de la posesión de manera filosófica y absoluta; le allí porque solo se ocupa de las abyecciones de Ihering á las opiniones de Savigny, cuando estas tienen un valor general.

Termina diciendo que la idea de derecho es la del equilibrio y conciencia de las voluntades en sus obras externas. Y continúa: “Siendo los equilibrios de dos especies, inestables y estables, hay también dos especies de derechos, imperfectos, provisionales y permanentes. La posesión, que consiste en el equilibrio inestable de la vo-

luntad individual del poseedor con la voluntad social, demostrando en la duración relativa del hecho posesorio, exige y obtiene por lo mismo una particular protección, provisional y momentánea (interdicto) que abre las vías á una permanente y definitiva (prescripción) correspondiente al equilibrio estable de las voluntades (propiedad)”.

En resumen el doctor Riva Agüero adopta una solución especial, basada en las doctrinas espuestas é indica las razones que lo inclinan á aceptarlas.

Nosotros creemos que la mejor recomendación que podemos hacer del trabajo, es decir: que es digno de su autor.—P. M. DE LA T.—Chorrillos 1911.

LIBROS NUEVOS

Simbólicas.—He aquí un libro raro, raro y bello. Fruto de una original y algo confusa celebración al par que de varia y honda cultura, diríase q' en cada una de sus páginas el pensamiento se retuerce dolorosamente, oculto, hasta que detona, como en el fondo de vastos nublados la claridad de un astro inaccesible.

Joé María Eguren es el autor de ese libro raro en su juventud, en sus veinte años líricos, Espronceda Zorrilla y Campomanor fueron sus maestros, y en las horas de sol, en pleno campo, fué su amada la naturaleza y alguna vez quiso trasladarla al lienzo con atrevido pincel. Con tal pasado artístico, la pasión del estudio y el mal de pensar encerróse en la alta torre sus sueños y, silencioso y altivo, como huracán hacedor de rarezas de la más novísima factura, dió á cada uno de sus versos, á veces rudos y amorosos, un extraño resplandor su gerente sobre un fondo nebuloso.

Parece que hubiera en el proceso intelectual de Eguren un principio novelesco de secreta fuerza: si el inicio de malsana lectura ó crisis sentimental, tanto vale la una como la otra. No se explica fácilmente que en un medio de tímidos y de gregarios puedan concebirse y conjuntarse en un libro las rarezas de Simbólicas porque fuera de José Piánsori, poeta de verdad, (algunas veces inaccesible á manos de burgués) nadie ha alcanzado entre nosotros, como Eguren, el don excelso de dejarse comprender ni aplaudir por los lacayos del Arte.

Eguren tiene en sus versos nebulosidades escandinavas; como Arturo Rimbeau crece en el valor simbólico de las voces y acaso el héroe de un nuevo A Rebours haría de Simbólicas, su lectura predilecta, y sobre todo y, ante todo es un artista que vive feliz en la torre de marfil de sus sueños hasta donde no llegará sin duda el ruido de las turbas que vocan sus estatuillas.

Rumor de Almas.—Este es un brevísimo lírico, un noble é ideal florilegio, q' va á llegar y será presentado á los cultores del arte por Raymundo Morales de La Torre, el d' anuntiano y joven maestro de estética. Ya en revistas y periódicos, algunas composiciones, mensajeros armoniosos de Eusebio y de Pantañas nos han dicho del imponderable valor poético en sinceridad y belleza de Rumor de Almas en cuyos páginas toma forma perfecta los sentimientos más delicados de que es capaz el corazón humano; ya es el amor triste de haber sido, ya es la ilusión entera de felicidades imposibles, ya es la esperanza sintiendo morir antes de haber vivido; ya es la visión de preteritas y añoradas edades, y todas las emociones, la inquietud indefinible y la tristeza honda, almas del alma, pasan con un rumor de alas por esas páginas inéfitas luz, pero que pronto verá la luz de la gloria.

Rumor de Almas es el espíritu somador y culto de Alberto Ureta hecha rimas selectas y evocadoras; para todos los que han sufrido el roce cruel de la vida y tienen un jardín interior que cultivar Rumor de Almas será el bálsamo generoso que cura toda lechería y el agua clara, mezcla de llanto y de rocío, que pone en la aridez del dolor la frescura del Eusebio y del Ideal.—MIGUEL DE LOS SANTOS.—Barranco 1911.

EL POETA

Caminante iluso que arroja sus perlas, sin que tenga tiempo para recogerlas.

Sembrador, que al surco lanza la semilla y jamás cosecha ninguna gavilla.

Banquero, que el oro fino de sus rimas arroja en los mares, barrancos y islas.

Jugador incauto, que á una carta sola pone sus tesoros y su vida inmolada.

Amante, que á todas quiere, y á ninguna; triste enamorado de un rayo de luna.

Eso es el poeta; más no lo crítico ¡mientras sueñe y cante siempre será rico!

JUANA TASSARA.

Barranco, Agosto de 1911.

LIED III

(De Simbólicas)

En la costa brava suena la campana, llamando á los antiguos bajeles sumergidos.

Y con tamiz celeste y al luminar de hielo, pasan tristemente los bajeles muertos.

Carcomidos, flavos, se acercan vagando..... y por las luces dejan obscuras estelas.

Con su lenguaje incierto, parece que sollozan, á la voz de invierno, preterida historia.

En la costa brava suena la campana, y se vuelven las naves al panteón de los mares.

JOSÉ M. EGUREN.

DOLIENTE

—Cuando veo, — me de la anciano médico amigo, apoyando las manos en el puño de plata de su bastón de ébano — cuando veo pasar en sus coches ilustres, á la do de las hijas lujosas, á estas madres, cuyos semblantes rebosan de contento, por que sus hijas de nada carecen, porque pueden satisfacerles todos los caprichos, por que las aguarda quizás un matrimonio brillante, que se celebrará con toda la pompa de los rituales mundanos, recuerdo en seguida á aquella otra madre, á quien en mis primeros años de profesorado asistí en su enfermedad mortal, — un caso de hipertrofia cardíaca, — y quien me hizo la confidencia de su vida, allá en la inareante y portentosa metrópoli norteamericana.

Habíamos dejado el carruaje, y nos encontramos aquí la tarde, el viejo doctor y yo, sentados en una banca de la Avenida de las Palomeras, en Palermo. Ante nosotros pasaban y pasaban las victorias y cupés, en la enérgica fila del corso, con sus vistosos ramos femeninos, armoniosamente multicolores. Alto lejos, vaga y aterciopelada, sonaba la música de una banda militar. En el cielo, tan sólo muselinas aisladas de nubes blancas manchaban la virginidad del azul. Una brisa suave, casi tibia, — como un anticipo de la primavera para reanimar la natu aleza marchita, — movía pausadamente las palmeras; y de sus rimas frotadas desprendíanse amores rítmicos, como arpegios ejecutados despacio, á la sordina. El sol se acostaba sobre el lago, entre esplendores de púrpura ardiente, y sus rayos oblicuos filtrábase por los claros de la arboleda, estriábanse á trechos de la avenida, y quebrábanse chispas de oro sobre el charolado de los coches y el metal de las guarniciones. Y bajo aquella serenidad an-

gusta de las cosas, el corso, en una dilatada elipse giraba lenta y sonoramente.

A la muerte del esposo, destruido de la patria por causas políticas aislada, sin dinero, con una hija, Celia, de diez y siete años, se encontró la pobre señora en la ciudad inmensa, como el viajero extraviado en el fondo de un bosque enorme. Era una buena ejecutante de piano, y buscó dieciséis años. Pero ¡ah! ¿qué padres confían la enseñanza musical de los hijos á una desconocida? ¿Trabajar en otra cosa? ¿Cómo? Ella, una planta de los delicados jardines meridionales, donde la educación de las mujeres las hace naptas para las luchas materiales de la vida?... ¡Y entre ella y la patria, el océano, y tierra, mucha tierra extraña!

Comenzó á vender sus pocas alajas; las vendió todas. Así pudo comer ella; así, robre todo, pudo comer la hija un corto tiempo. Luego uno á uno, vendió los muebles; dejó la habitación cómoda que ocupaba, por un cuarto en el último piso de la misma casa..... Entanto, hacía diligencias diarias para hallar una colocación cualquiera, en alguna familia sud-americana; y recibía siempre promesas vagas, que nunca veía realizarse.... Y la existencia se le iba tornando cada vez más angustiosa, y el infortunio la empujaba, la empujaba por la pendiente sombría de la miseria.

Vendió sus mejores vestidos; vendió casi toda su ropa blanca; y, — ¡oh Dios! ¿no eres bueno? — tuvo que vender los vestidos nuevos de Celia, aquellos vestidos q' tan linda hacían á la niña.

Y el otoño corrió, y vendría el invierno, el invierno del norte, helado y cruel, espantoso para el pobre. ¿Qué sería entonces de ella? ¿Qué sería de sus hijos, que nunca se queraba, pero que iba palideciendo rápidamente como una flor enferma?

Un día no hubo para comer. El día siguiente tampoco habría. Y el tercero, tal vez nunca más. Y en sus meditaciones desoladas, la infeliz veía llegar á la muerte, al espectro, tal, y llevarse, y llevarse á Celia, á su hija!

Entonces fué cuando recibió una carta del principal que habitaba el piso principal de la casa; una carta que encerraba á la vez un insulto y una promesa de vida..... Era soltero y rico. Había visto á Celia; le gustaba. No podía casarse con ella, porque pensaba no casarse jamás. Pero la tendría como una esposa, la dotaría, y más tarde, quizás, y acompañarla á la carta con una gruesa suma de dinero.

Ya puede usted imaginarse qué mucho sería aquella para la pobre madre. Su hija, desde temprano dormía un sueño profundo, originado por el desfallecimiento físico. Empezaba el invierno; la nieve golpeaba sordamente los cristales de la ventana, en cuyas rendijas gemía un viento punzante y glacial. Cubrió á la joven con la única manta de lana que poseía miserablemente; no experimentaba frío; no tenía ya hambre. El sacudimiento rudo que habíale causado en el alma la carta, le hacía inerte el cuerpo. Y en la sombra, oyendo, como en un sueño, la rítmica de la respiración débil y rítmica de Celia, pensaba, reflexionaba, discutía consigo misma, — discusión tremenda! — mientras apartaba nerviosamente entre la mano la carta salvadora y crucial.

—¿Aceptar? ¿Y su educación, su clase social, sus creencias religiosas, todo ese mundo de elevación moral en que había crecido y que la oprimaba á considerar la propuesta que contenía la carta como un acto vergonzoso, como acto criminal?..... ¿Su hija, uniéndose sin matrimonio, sin amor siquiera, á un desconocido!

—¿Rechazar, pues? ¿Y su hija? Ella, la madre, podía morir; estaba ya resignada; bastante había sufrido, y la muerte sería el descanso, sería la suprema, la bendita dispensadora del olvido eterno..... Pero su hija..... ¡muerta! No, eso no debía suceder, no quería que sucediera. No tenía el derecho de destruir la existencia en capullo de la niña; no tenía el derecho de destruir aquella vida nueva, que no se había internado aún en el misterioso mar de la vida.